

dido muy bien lo que queria decir aquello de la virtud moral. ¿Qué creía usted? prosiguió: creía que era yo tan simple como la Señora, ó que no hubiese estudiado mas que la música, para no entender sus satíricas y mordaces distinciones? Pues ¿qué somos acaso las personas de teatro hombres de un moral escandaloso? ¿No nos dirá usted en qué son reprehensibles nuestras costumbres? ¿Ni quién podrá negar que se hallan en nosotros las virtudes mas sublimes, de que habló Aristóteles en su Etica, quando no es otro nuestro oficio, que inspirar horror á todos los vicios, y veneracion á la virtud en todas nuestras representaciones teatrales? Luego no somos menos virtuosos en las costumbres, que en la música, siendo asi que nuestra profesion no es otra que enseñar la moralidad. Y asi, Señor Poeta, si Vmd. no se desdice de lo que ha dicho, dése por despedido de nuestro servicio, y tenga por cierto, que tambien seguirán nuestro autorizado exemplo los señores comediantes. Asi habló el descocado Capón: con que el pobre Poeta se vió precisado á recibir la dura ley, y á conceder absolutamente y sin limitacion el bello título de virtuosas á unas personas, que no tienen otra idea de la virtud, que la que consiste en la apariencia de sus fingidas representaciones. Asi se acabó aquel pleito; y yo no quise proseguir en la lectura del *Caos ael Capitolio*, bien persuadido á que no podia menos de ser una obra muy ridícula, si lo que restaba correspondia á lo que habia leído hasta allí. Entró despues Don

Man-

Manrique á la parte de nuestra conversacion, y nos reimos bien entre todos de la presuncion y vanidad de los músicos, los cuales por su parte se daban un grande ayre de señores, figurandose personas calificadas, y acreedoras al respeto y veneracion de todo el género humano. A este tiempo avistamos desde lejos la Baía de Cadiz, y entramos en aquel Puerto despues de un mes de viage.

CAPITULO XVII.

Abjuracion del Renegado. Encuentro de Scipion con Don Abél. Embarcase para Nueva España. Conoce á Diego en este viage, y fin de la Historia del Secretario de Santillana.

Luego que saltamos en tierra se despachó un expreso á la muger de Don Manrique en Córdoba con la alegre noticia de su vuelta á España, y del afortunado recobro de sus hijos. Al mismo tiempo se la encargaba, que librase á Cadiz una buena suma de dinero para vestir á toda la familia, y suplir los gastos que necesariamente se habian de hacer en la abjuracion del Renegado, en cuya ceremonia se habia ofrecido á ser Padrino. Habiamelo dado á mí el mismo Don Manrique el cargo de disponer todo lo necesario, y me hallaba muy ocupado en esta comision, andando continuamen-

te

te por la Ciudad para tener prontas todas las provisiones, quando tan impensada como dichosamente me encontré un día con Don Abél. Me abrazó luego que me vió, y noticioso ya de todas las circunstancias de nuestras pasadas desgracias, se alegró infinito, quando nos vió restituidos sanos y salvos despues de tanto tiempo á nuestra patria. Pero usted, Señor (le pregunté yo); qué me cuenta de sí mismo? ¿Qué se hizo de Poliandria, y de todas sus riquezas? Todo caminó felicísimamente, me respondió: la buena muger practicó con el mayor valor su christiana resolución, y vive ahora exemplarmente en la casa de las arrepentidas de Turín. Sus bienes se distribuyeron con el mas piadoso arreglo; con ellos se dió estado á muchas doncellas pobres, y salieron de la miseria y de la hambre no pocas familias honradas que perecerian de ella. Yo no quise reservarme ni un solo maravedí, y hoy vivo mucho mas contento y mas sosegado que nunca. Abandoné el juego enteramente, y ahora estoy determinado á pasar á la América, para ver aquella parte del mundo tan separada de nuestro continente. Inmediatamente que le oí esta su resolución, entré en una grandísima gana de seguirle, no por otro motivo que por el de buscar á mi dilectísimo amo Gil Blas en todos los rincones de la tierra. Le supliqué, pues, que me hiciese el gran favor de admitirme en su compañía, y efectuada la abjuracion del Renegado, habiendome despedido, no sin lágrimas, de

Don

Don Manrique y de sus hijos, nos embarcamos en un navio de guerra que escoltaba la flota, y en él logré finalmente las suspiradas noticias de mi amo, que inutilmente habia solicitado en tantas partes.

Hallabase en el mismo navio un pasajero, cuya melancólica y profunda taciturnidad daban á entender, que le giraban por la cabeza grandes y poco gustosos pensamientos. Su semblante perpetuamente sério, y sus palabras pocas, pero que respiraban siempre una perfecta resignacion en la voluntad del Señor. Asi á Don Abél, como á mí nos picó grandemente la curiosidad de saber quién era, se lo preguntámos á él mismo con toda cortesania, y él con la misma nos respondió, diciendo, que se llamaba Diego, y que habia nacido en una cueva de un modo muy singular. Pasó despues á contarnos muchos sucesos de su vida, en cuya relacion nombró inadvertidamente á *Gil Blas*, quando hasta entonces habia ocultado su nombre, apellidandole siempre con las voces generales de *su segundo padre*. Al oír yo este nombre, exclamé transportado de alegría. ¡Mil veces dichoso yo! ¡felicis tantos pasos dados en busca de lo que tanto he deseado! Afortunadísimo viage, que despues de tanto tiempo me proporcionará el imponderable consuelo de volver á ver á mi venerado, á mi amado Amo. Quando Diego oyó esto con tantas exclamaciones, se mostró como arrepentido y confuso, por haber quebrantado, como él decia, el secreto que tanto le habia re-

co-

comendado Gil Blas. Con todo eso, después que entendió nuestras razones, se consoló y se aquietó, concluyendo su historia con decirnos, que por consejo de Santillana habia ido á Roma y á Jerusalén, y que al presente se volvía á su país, con determinacion de acabar su vida en la misma gruta, donde habia comenzado á vivir. Efectivamente luego que desembarcamos, él y yo nos pusimos en camino para México: desde aquí nos partimos para estos desiertos, en medio de los quales nos salió al encuentro una cuadrilla de salteadores, que nos despojaron de todo quanto teníamos, hasta de los vestidos que traíamos acuestas, dexandonos desnudos en medio del camino, y enteramente abandonados á la inclemencia del cielo. Lo peor fue, que habiendonos desviado los ladrones de la senda que guiaba á la gruta, no sabíamos despues como encontrarla; pero llevandonos la casualidad á unas Caserías, donde habitaban solas tres ó quatro familias de Españoles, connaturalizados ya en aquel país, compadecidos éstos de nosotros, nos dieron por caridad á cada uno un vestido de marinero, porque no tenían otros. Sintióse Diego indispuerto en aquellas Caserías, y aunque la indisposicion no parecía de cuidado, tenia señas de ir un poco larga, por lo que, impaciente yo por ver quanto antes á mi amo, determiné dexarle á la caritativa asistencia de aquella buena gente, que nos habia recogido, y dandome ellos mismos una buena guía que me pusiese en el camino real de Mé-

xico, viéndome en él, me fue facil, por las señales que me habia dado mi compañero, encontrar la senda que conducia á la gruta. Así sucedió, y logré de esta manera volver á ver á mi amo el Señor Santillana ántes que espiráse, y no dudo que Diego, luego que se recobre, no dexará de venir á hacer compañía al sucesor de su segundo padre.

Con efecto así lo executó Diego, dixo entonces Isidoro, tomando la palabra, porque ántes que Don Lope, Matilde y yo partiéramos á México, llegó á la gruta aquel hijo del buen sobrino de Motezuma, y despues de haber llorado la muerte de Gil Blas, se quedó en compañía de Scipion, determinado á no respirar otro ayre que el de aquella soledad. Segun todas las señales, estos dos hombres tan extraordinarios, ó ya son muertos, ó todavia viven en aquella gran separacion de todo humano comercio; porque quando nosotros nos despedimos de ellos, los dexamos llenos de una perfecta resignacion y de un total desasimiento de las cosas de este mundo.

Matilde y Don Lope se casaron en México con toda solemnidad, y habiendonos transferido todos á Vera-Cruz, pasamos el mar, y yo dexé en Cádiz á los dos amabilísimos esposos, queriendo dar una vista á Sicilia, para saber si era muerta mi buena madre, y si el Señor Abogado de Palermo era todavia de opinion, que debia usurparme la posesion de los bienes que por derecho de sangre eran míos, despues de la muerte

338 *Las Aventuras de Gil Blas.*

de mi madre. Pero no se pudo efectuar esta mi intencion, por uno de aquellos accidentes que se ven menudear con demasiada frecuencia en la mal aconsejada juventud. Duraba todavia la guerra por la sucesion á la Corona de España, y como los Estados que esta Monarquía tenia ántes en Italia, estaban ocupados á la sazón por las armas Austriacas, no salian de los puertos de España embarcaciones para aquellos Estados, por no caer en manos de las esquadras Inglesas que cruzaban en el Mediterráneo; y así me fue forzoso hacer el viage por tierra hasta Francia, y embarcarme para Génova en el puerto de Tolón. Habíame dado Don Lope algun dinero para hacer este viage, y creyendo yo que me habia de durar eternamente, despues que desembarqué en San Pedro de Arenas, fui á aloxarme en una posada de aquella ciudad, donde comencé á tratarme á lo grande, queriendo regalarme, y comer los mas exquisitos bocados de aquella abundante tierra. De esta manera en breve tiempo se disipó todo mi escaso tesoro, y quando el posadero advirtió que ya nada tenia que chupar, me dijo que no queria tenerme mas en su casa, y me despidió de ella, como pudiera á un pilló ó á un bribon. Vime entonces precisado á discurrir el modo de comer. Varios partidos se me ofrecieron á la imaginacion: el primero fué ponerme á servir en alguna buena casa; pero si por un lado me estimulaba la consideracion de que así me libraria del hambre, y de los otros trabajos que

ne-



Tomó Isidoro el empleo de Astrologo, y fixó su primer Teatro en la Plaza de Genova.

necesariamente la acompañan, por otra me retraía el miedo de encontrarme con algun amo bárbaro y mezquino, que hiciese intolerable la servidumbre. Añadíase á esto la dificultad de hallar quien me recibiese en su servicio, siendo yo extranjero, y desconocido. Abandonado por tanto este pensamiento, entró á sucederle otro: éste fue sentar plaza de soldado en alguno de tantos Regimientos como habia entónces en Italia; pero los peligros de la guerra, las inevitables incomodidades de las marchas, el frio y el calor, con las otras muchas cosas de poco gusto, que hacen tan trabajosa la milicia, me hacian mucha mas fuerza, que todas las grandes ventajas que suele traer consigo aquella noble profesion.

En medio de esta confusa indecision de pensamientos, me ocurrió que mi ingenio pronto y vivo podria muy bien ayudarme, sugiriéndome algun empleo independiente y libre de sujecion. Entre tanta multitud de estos como hay en el mundo, ninguno me pareció mas acomodado á mi genio, que el de astrologo. Sabía muy bien que con un libro de chíromancia, otro de fisonomía, una caña, tubo ó trompeta para hablar á los páparos, á los crédulos, y á los simples que están algo distantes, puede un hombre de talento alborotar una gran ciudad, y hacer grandísimo ruido en una plaza ó en un mercado. Enamorado de este bello pensamiento, vendí dos camisas, y con el precio de ellas compré todo lo necesario para engañar á los mentecatos. Mi pri-

mer teatro fue la plaza de Génova, en la qual no dexé de hacer alguna fortuna. En poco tiempo pasé en el concepto de los hombres por un singular astrólogo, tanto, que era llamado de los Conventos de las Monjas, y de varias casas particulares por muchas personas que no pudiendo por la decencia, y por sus particulares circunstancias dexarse ver en mi publico tablado, deseaban saber privadamente de mí, qué signo ó qué planeta era el que las dominaba, y quáles habian de ser los sucesos de su vida.

Acaecieron curiosísimos y preciosísimos casos, que estoy pronto á contárselos á ustedes siempre y quando quieran hacerme el honor de oírme los, y tengan la paciencia de escucharlos. Esto dixo Isidoro, porque vió que ya iba á ponerse el sol; así que todos nos levantamos, y poco á poco nos fuimos arrimando á la casa de Demetrio.

FIN DEL QUINTO TOMO.

IN-

INDICE DE LOS CAPITULOS
contenidos en este quinto tomo.

LIBRO DECIMOTERCIO.

- C**AP. I. Nacimiento y origen de Juan el Siciliano. Su primer nombre, su educacion, y el principio de sus primeros amores con la bella Irene pag. 1.
- C**AP. II. Encuentro que tuvo con el Capitan Arnaldo: su arresto, cómo le trataron en él, y el partido que tomó en la prision 7.
- C**AP. III. Discurso del mozo Siciliano con el Soldado que le guardaba. Su fuga de la prision: dónde durmió aquella noche, y la gustosa aventura del huerto 16.
- C**AP. IV. Medidas que se tomaron para salir de la Ciudad. Sorpresa del mozo Siciliano quando se vió acompañado de la bella Irene. Precauciones para librarse del rigor de la Justicia, y diligencias de Arnaldo. Embárcanse en Siracusa, y su viage á Corfú 25.
- C**AP. V. Principio de la historia del Soldado, y la terrible aventura que le sucedió en el Canadá 31.
- C**AP. VI. Descubre el Soldado á la bella Matilde. Consultan los dos la manera de librarse de aquella apostasia. Se escapan del Canadá, y á dónde los conduxo su fortuna 53.
- C**AP. VII. Recoge el Anacoreta del Canadá al Soldado y á Matilde. Descripción de su retiro, y como se les dió á conocer por Gil Blas de Santillana 63.
- C**AP. VIII. Prosigue el Soldado con la historia de Gil Blas despues de su segundo matrimonio con Dorotea. Muerte de esta su segunda mujer